

La espiritualidad lasaliana, una propuesta para los educadores

Antonio Botana Caeiro¹

Resumen

La espiritualidad lasaliana se presenta aquí como una propuesta para los educadores: un modo de narrar la vida con una clave de lectura, la mirada de fe. Con esta clave nos descubrimos mediadores del que es autor del relato, Dios mismo, quien nos elige para hacernos instrumentos en su obra de salvación con los niños y jóvenes, especialmente los pobres. En el origen de esta espiritualidad está la experiencia espiritual de Juan Bautista de La Salle, con su actitud de entrega y abandono en las manos de Dios. Él nos transmite su experiencia en la expresión “síntesis”: espíritu de fe, manifestado en el celo. La presencia actuante de Dios dinamiza todo el relato lasaliano, que encuentra su forma preferida de expresión en la Palabra de Dios. La comunidad que se alimenta de esta espiritualidad se constituye como fraternidad ministerial: vive en y para la misión.

Palabras clave

Espíritu de fe, obra de Dios, fraternidad ministerial, mediador, presencia.

1 Hermano de las Escuelas Cristianas. Santiago de Compostela.

1. Espiritualidad lasaliana: un modo de narrar la vida

La espiritualidad, cualquier espiritualidad, es un modo de narrar la vida, es decir, de poner todo lo que me pasa y experimento en un relato donde cada cosa tiene su sentido y el relato tiene una dirección, como una buena novela que camina hacia su desenlace.

- Ante todo, le proporciona un argumento: ¿qué sentido tiene la vida?
- Le da también un tema específico o idea dominante: ¿qué me aporta, qué puedo aportar yo a la vida?
- Y le permite crear o descubrir la trama en la que todo queda relacionado: las demás personas con las que nos relacionamos y los diversos acontecimientos, todo pasa a formar parte del mismo relato. Nada queda al margen ni está ahí por casualidad.
- Además, una buena espiritualidad, vivida a fondo, comunica a nuestro relato una tensión narrativa que provoca el interés por su continuación. Dicho de otra forma, nos da las ganas de vivir, porque lo mejor está por llegar.

Hay relatos que, simplemente, miran al pasado: son memorias inofensivas, recuerdos nostálgicos tal vez, pero no afectan a nuestros proyectos de presente y futuro. Una auténtica espiritualidad nos hace conscientes del pasado para mirar al futuro y darle fundamento. La espiritualidad es, en sí misma, relato que se enraíza en el pasado, sí, porque en él hemos descubierto la mano del Señor y el viento de su Espíritu trazándonos la senda por la que Él nos introduce en su proyecto y nos hace instrumentos en su obra de salvación. Pero mira al futuro, el que empieza ahora, porque es en él donde tenemos que seguir construyendo la obra de Dios, en nuestro caso especialmente entre los niños y jóvenes. Por eso es memoria comprometida y generadora de vida, porque no podemos traerla impunemente a nuestro presente sin que éste y los proyectos que ahora hagamos resulten afectados por ella.

Vivir la espiritualidad es hacer memoria, en el sentido litúrgico; es decir, es vivir en el presente lo que fue y es, historia de salvación, lo que nos lleva a exclamar: Este es el tiempo de la gracia, éste es el día de la salvación.

La espiritualidad lasaliana nos ayuda a narrar la vida como historia de salvación que se realiza en una fraternidad identificada con el ministerio de la educación cristiana.

- Nos da una clave de lectura: la mirada de fe. Un modo de mirar más allá de lo aparente, de lo inmediato.
- Con esa clave podemos descubrir al Autor del relato, el que lo está escribiendo con nosotros, el que es su raíz profunda pues le proporciona la savia: Dios, “ha iluminado Él mismo los corazones de aquellos a quienes ha destinado a anunciar su palabra a los niños...”².
- Un tema o leitmotiv muy concreto hace específico nuestro relato: la respuesta a las necesidades educativas de los pobres.
- Y el argumento que da el sentido último a nuestra historia: la obra de Dios, su obra de salvación en la que Él nos ha introducido, no sólo como destinatarios, sino como mediadores e instrumentos suyos.
- La trama establece una tensión entre los dos polos que son motivo de nuestra contemplación, en la oración y en la realidad de la vida:
 - Por una parte, Dios, que salva, y de manera particular quiere salvar a los pobres.
 - Por otra, los niños y jóvenes pobres, que vemos alejados de la salvación.
- La tensión narrativa que se desarrolla entre los dos polos y que provoca todo el interés de este relato, está producida por el dinamismo bíblico de la Alianza, que los actores de esta historia comunitaria, animados por el carisma lasaliano, expresan como “asociación para el servicio educativo de los pobres” y la encarnan o construyen en una fraternidad ministerial: una comunidad fraterna, consagrada a la educación de los pobres. Es así como se convierten en mediadores entre los dos polos de la salvación.
- El papel que cada uno de nosotros está llamado a interpretar o desempeñar en esta historia es el de mediador, que Juan Bautista de La Salle dirá en el lenguaje paulino: ministro, embajador, representante de Dios, de Cristo y de la Iglesia. Soy mediador, pero no en solitario, pues formo parte de esta fraternidad ministerial, comunidad de mediadores, asociados entre sí: hermanos y hermanas que se asocian para ser mediadores del amor de Dios por la educación de los pobres. Este papel da sentido a toda mi historia personal.

2 Juan Bautista de La Salle, *Meditaciones para los días de retiro* (Med 193.1) Trad. José María Valladolid, *Obras Completas*, I., Hermanos de las Escuelas Cristianas, San Pío X, Madrid 2001, 579.

Esta descripción en siete puntos podemos simplificarla en los tres ejes sobre los que se va construyendo nuestra vida. Son como tres fuerzas que encontramos manifestadas en la experiencia de vida de Juan Bautista de La Salle y actúan en el interior de cada uno de nosotros, dando forma a nuestra espiritualidad:

- El primer eje me hace creyente: me transforma de ser buscador a ser encontrado, de buscar a Dios a dejarme encontrar y guiar por Él.
- El segundo eje me convierte en ministro: me empuja desde ser un cristiano piadoso o devoto, a descubrirme y actuar como mediador de Cristo.
- El tercer eje me hace hermano: me hace pasar de la mera generosidad a vivir la fraternidad; del que da desde arriba al que se da en un nivel de igualdad, de hermano a hermano.

Estos tres ejes no son sucesivos, sino simultáneos, aunque en cada momento de la vida el acento puede estar en uno u otro.

Podemos verlos articulados en la expresión más tradicional lasaliana: el espíritu de fe, manifestado en el celo y vivido (alimentado) en comunidad. O también, con una expresión más del gusto de la eclesiología de comunión: El espíritu de fe vivido en la comunión para la misión.

Y los tres ejes confluyen en un centro referencial o eje constructor, con el que la casa se va levantando: la obra de Dios (equivalente a “el reino de Dios”). La espiritualidad lasaliana no nos lleva a un perfeccionamiento o santificación narcisista de uno mismo, sino a ser instrumentos para llevar a cabo la obra de Dios, según Él quiere. Eso es buscar la gloria de Dios. Nos hacemos mediadores del amor de Dios, en especial para los niños y jóvenes pobres.

2. En el origen: una experiencia de vida

Esencialmente, la espiritualidad es una experiencia de vida; sólo en un segundo momento se va expresando en palabras, símbolos, imágenes, frases bíblicas, fórmulas de plegaria... que intentan remitir a aquella experiencia. Suele presentarse, primeramente, como una luz apenas perceptible, que se va abriendo paso entre las sombras

y nos hace ver la realidad de un modo nuevo, diferente a como la veíamos hasta entonces. Los mismos hechos, las mismas personas con que nos encontrábamos, adquieren otra importancia. Aparecen nuevos valores, mientras que disminuyen o se relativizan otros que hasta entonces influían en nuestras vidas.

En las raíces de una auténtica espiritualidad hay siempre una experiencia espiritual muy fuerte. Es necesario conectar con ella si queremos participar de esa espiritualidad.

El relato de cómo surgió la espiritualidad lasaliana nos introduce en el itinerario de Juan Bautista de La Salle: nos encontramos con Juan Bautista descubriendo poco a poco el sentido de su vida, el porqué y el para qué de su existencia. Vemos la transformación de un hombre que comienza siendo buscador de Dios, y a medida que camina se descubre encontrado por Dios; un cristiano piadoso, que pasa a ser ministro y mediador de Cristo en su obra salvadora; un hombre generoso desde una posición privilegiada, que queda prendido en la fraternidad que cambia radicalmente su estilo de vida; un hombre observante y cumplidor de la ley, que se hace profeta, escucha al Espíritu más allá de la ley y pone la persona del pobre en el primer puesto de sus prioridades.

En estas experiencias y cambios de vida va tomando forma la espiritualidad lasaliana.

A lo largo de su itinerario, Juan Bautista de La Salle descubre la imagen de un Dios vivo comprometido en la historia y empeñado en salvar a los hombres -y más concretamente, a los hijos de los artesanos y de los pobres, en su propia expresión-. Con este Dios que “guía sus pasos sin forzarlo” (Memoria de los Comienzos), La Salle mantiene un diálogo apasionado durante toda su existencia. En ese diálogo resalta una actitud, la de entrega y abandono en las manos de Dios, que tiene su reflejo inmediato en una segunda actitud: el sentirse instrumento en las manos de Dios para realizar su obra salvadora. Aquí reside su experiencia de fe más significativa, en dos facetas, que nos transmite luego en aquella expresión “síntesis”: espíritu de fe, manifestado en el cielo.

2.1. El creyente: de ser buscador a ser encontrado

Esta primera experiencia da fundamento a las otras. Dura toda la vida, pero tiene un momento clave; el “momento de síntesis” se da al final de la primera etapa de madurez (30-40... años), cuando La Salle se ha comprometido ya definitivamente en la obra de las Escuelas Cristianas y, con esa perspectiva de quien siente encarrilada su vida, contempla el camino andado.

Constata que su vida había sido una búsqueda de Dios, atento siempre a los signos por los que Él pudiera revelársele, y se sorprende ahora a sí mismo encontrado por Dios.

La conciencia que llega a adquirir de esta experiencia la expresa en su Memoria de los Comienzos: “Dios, que todo lo conduce con sabiduría y suavidad ... queriendo comprometerme ... lo hizo de manera muy imperceptible ... de modo que un compromiso me llevaba a otro”.

Notemos qué imagen de Dios está aquí de fondo: un Dios presente en la historia y que se revela a través de la historia humana; Dios Padre y Providencia, que actúa en la vida del hombre, al tiempo que respeta su libertad; un Dios que va llevando al hombre en la medida en que éste se compromete; un Dios que sale al encuentro del hombre y camina con él. Esta imagen de Dios es esencial a la espiritualidad lasaliana.

Y en Juan Bautista de La Salle encontramos el hombre de ojos abiertos para descubrir los signos por los que Dios le habla, el hombre de oídos atentos para escuchar la voz de Dios que le comunica su voluntad; el hombre dispuesto, como Abraham, a salir de su casa y caminar hacia el lugar donde Dios le quiere.

Así se va forjando el eje central sobre el que gira toda su vida: el querer de Dios, la obra de Dios, expresión que él repite. Al final de su vida, pocas horas antes de morir, lo dice ya con muy pocas palabras, resumiendo lo que ha sido su modo de relación con Quien ha conducido su vida: “Adoro en todo el proceder de Dios para conmigo”.

Juan Bautista no ha hecho en solitario este juego de buscar y ser encontrado. Por el contrario, lo ha vivido muy intensamente con

sus hermanos: en el diálogo comunitario, en el acompañamiento personal, en los momentos fuertes de discernimiento como aquella semana que precedió la consagración de los doce Hermanos con él mismo en la fiesta de la Santísima Trinidad de 1694.

Ha sido un camino personal y comunitario hecho en la presencia de Dios, como así lo recuerdan con frecuencia, buscando siempre la raíz de la vida y el sentido profundo de cuanto hacen. Y mientras caminan se dan cuenta que necesitan escuchar a Dios, que camina con ellos, y mantenerse en diálogo con Él, por eso desarrollan una gran familiaridad con la Palabra de Dios, leída en confrontación con la vida de cada día, con las tareas de su ministerio.

Con esta experiencia de fondo, la oración que La Salle propone a sus hermanos es esencialmente celebrativa: celebran su encuentro con Dios en su comunidad, en su interior y en su ministerio con los niños; celebran el gozo de vivir en su presencia y la alianza que Dios ha hecho con ellos para hacerlos instrumentos en su obra de salvación.

2.2. El mediador: de cristiano piadoso a mediador de Cristo

El hombre que se ha dejado conducir por Dios “de un compromiso a otro”, hasta llegar al lugar donde Él lo esperaba, tendrá pronto una nueva fuente de sentido que va enriqueciéndose en sus años de madurez. Es la comprobación de que, a través de su propia persona y de los maestros con los que se ha unido, Dios ama a los hijos de los artesanos y de los pobres y quiere salvarlos.

Quizás la experiencia desencadenante para Juan Bautista se dio en aquel acontecimiento cuyo desenlace fue la renuncia a sus bienes y a su canonjía. Era el año 1682. Juan Bautista acaba de dejar su casa para irse a vivir con los maestros, pero estos entran en una fuerte crisis por la inseguridad en que viven, y así se lo manifiestan a Juan Bautista. Varios abandonan desanimados. En los dos años siguientes, Juan Bautista lleva a cabo un discernimiento que tiene su momento cumbre en la consulta al Padre Nicolas Barré. La respuesta de este le ayudará a darse cuenta:

- 1º, que el Misterio de Salvación que encarna el Hijo del Hombre, se está cumpliendo ya en la existencia de estos maestros dedicados a los niños pobres (aunque ellos, de momento, no tengan conciencia de tal Misterio);
- 2º, ese Misterio de Salvación, lo mismo en Cristo que en los maestros, invita a la dependencia total de la divina Providencia, ya que es obra de Dios, y es Él quien le da fundamento;
- 3º, Juan Bautista, que ya está participando en el misterio salvador de Cristo porque está en comunión con estos maestros, debe llevar su participación hasta las últimas consecuencias; ¿cómo?: reforzando esa comunión, asumiendo la condición de inseguridad de los maestros. En este último punto radica la llamada vocacional que se plantea a La Salle.

Es una auténtica inversión de expectativas: el centro de gravedad no está puesto en La Salle y su personal perfección o imitación de Cristo, sino en los maestros, es decir, en la misión que están realizando y en la cual se cumple el Misterio de Cristo. En la comunión total con estos maestros y su misión llega a su madurez el itinerario de encarnación que La Salle había comenzado y que constituía la vocación en la que Dios le iba situando.

Del discernimiento seguirá la decisión de Juan Bautista: la renuncia a sus bienes y al canonicato. Y complementariamente, siguiendo el consejo de Barré, la decisión de no emplear sus bienes para “fundar” la obra de las escuelas: que sea Dios quien les dé fundamento.

Esta “inversión” en la manera de asumir el seguimiento de Cristo, no buscando una supuesta perfección o imitando a Cristo en abstracto, sino a partir de la comunión fraterna y de la misión, aparecerá frecuentemente en los escritos de La Salle para los Hermanos, como proyección de su propia experiencia.

Con su proceder, antes que con sus palabras, Juan Bautista ayuda a los maestros (que pronto elegirían llamarse Hermanos) a tomar conciencia de la misión que realizan -misión de salvación, representando a Cristo-, y de cómo esa misión es el fundamento de su comunidad y de su propia salvación personal.

Esta conciencia que crece en Juan Bautista de La Salle y en aquellos primeros Hermanos, de estar colaborando en la obra de Dios, obra

de salvación, les permite luego sentirse mediadores, o como repetirá frecuentemente el Fundador, ministros de Cristo para aquellos a los que han sido enviados.

2.3. El hermano: de la generosidad a la fraternidad

Simultáneamente con la experiencia anterior, al mismo tiempo y en mutua dependencia, La Salle se introduce –y nos introduce– en una nueva fuente de sentido: la vida fraterna en comunidad, la comunidad como lugar de experimentación de la presencia de Jesús, como lugar de crecimiento en la fe, de animación mutua y de solidaridad fraterna en el servicio a la misión.

El descubrimiento se da durante aquella década de 1680 en adelante, de la mano de los maestros de Nyel y los primeros Hermanos, y culmina en 1694, al hacerla objeto de consagración. Juan Bautista tendrá que hacer una auténtica conversión. Se dará cuenta de que no basta con ser generoso, desde el que está arriba en la escala social al que está abajo en la necesidad. Lo que va a descubrir como fraternidad es otra cosa: es un estilo de vida que nos pone a caminar al lado de otras personas, al mismo nivel, en mutua solidaridad y apoyo.

No se trata sólo de una forma altruista de hacer algo por los demás. La novedad auténtica vendrá revelada desde la dimensión de fe. Juan Bautista viene entonces de una comunidad sagrada: el coro de canónigos de la catedral de Reims. Allí le es fácil reconocer la presencia de Dios: es un lugar sagrado y ellos son personas sagradas. Ahora se introduce en un grupo de laicos, en una casa “secular” del vecindario (no es un convento ni un monasterio), y descubrirá que Jesús se hace presente en el grupo, y que este grupo está haciendo la obra de Dios. Así se lo recuerda a sí mismo en las reglas que se impone, a modo de proyecto de vida: “Consideraré siempre la obra de mi salvación y del establecimiento y guía de nuestra comunidad como la obra de Dios”³.

3 Juan Bautista de La Salle, *Reglas Personales*, 8. Trad. José María Valladolid, *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Ediciones San Pío X, Madrid 2001, 119.

Desde dentro de la comunidad irá descubriendo que es el propio Jesucristo quien construye la fraternidad, quien une a los Hermanos, les da su Espíritu, los prepara para la misión que les ha encomendado. Lo expresará más tarde en una bella página de la Explicación del Método de Oración⁴.

Con esta convicción de que la comunidad que Juan Bautista y los Hermanos están construyendo es obra de Dios y es esencial para realizar la misión de las escuelas, el Fundador sitúa explícitamente esta fraternidad en el centro de su consagración: “Santísima Trinidad... para procurar vuestra gloria... Prometo y hago voto de unirme y permanecer en sociedad con los Hermanos...” (Fórmula de Votos de 1694)⁵.

Si ahora están trabajando juntos y por asociación en la misma misión, es porque Alguien los ha convocado, los ha reunido en torno a Él. Y comprueban que, en la medida en que mantienen esta unión entre ellos y en torno a Jesús, les es más fácil la dedicación a la misión, no sólo en cuanto a la eficacia, sino sobre todo por la plenitud de sentido.

El Fundador llega, pues, a esta experiencia nuclear de nuestra espiritualidad: la fraternidad es el gran don recibido para la misión. Un don que hay que merecer y pedirlo a Dios mientras se trabaja por él: “Puesto que Dios os ha concedido la gracia de llamaros a vivir en comunidad, no hay nada que debáis pedirle con mayor insistencia que esta unión de espíritu y de corazón con vuestros Hermanos...”⁶.

4 Juan Bautista de La Salle, *Explicación del Método de oración mental*, 2,24-36. Trad. José María Valladolid, *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Ediciones San Pío X, Madrid 2001, 206-207.

5 Juan Bautista de La Salle, *Fórmula de Votos*. Trad. José María Valladolid, *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Ediciones San Pío X, Madrid 2001, 101.

6 Juan Bautista de La Salle, *Meditaciones para los domingos* (Med 39,3) Trad. José María Valladolid, *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, San Pío X, Madrid 2001, 346.

3. Un relato lleno de presencia

3.1. La Presencia que da vida al relato

La espiritualidad lasaliana da sentido a la vida, a nuestra vida de educadores, porque la convierte en una auténtica e interesante historia en la que nada queda al margen, todo queda integrado en la misma narración.

Ahora bien: hay relatos periodísticos que simplemente cuentan “sucesos”, anécdotas, noticias, describen la acción, pero no dan a conocer la persona del o de los protagonistas: en estos relatos hay “acción”, pero no “presencia”.

El relato lasaliano, el que resulta de vivir la espiritualidad lasaliana, es un relato lleno de presencia, y esto es lo que primero llama la atención en nuestra historia: lo más interesante no son los hechos sino los actores de esta historia.

Los actores quedan unidos en una trama de relaciones intensas y profundas. Pero al entrar en esta red, enseguida notamos que hay Alguien, una Presencia más intensa que domina, motiva y da vida a todas las demás. La historia se desarrolla a partir de esta Presencia, de Aquel que es auténtico protagonista de la historia, el mismo que va llamando a los diversos actores y los reúne en torno a Él.

Cada uno de los actores se define y encuentra sentido a su papel en la historia en la medida en que aclara y precisa su relación con el protagonista. Pero esto no resulta tan fácil, porque esa Presencia de la que hablamos, ese Protagonista de la historia no se muestra con un rostro fácilmente identificable: no se le puede señalar diciendo: “está aquí y no allí”. Es una Presencia que se manifiesta en la fuerza que mueve y empuja a los actores, en el calor de las relaciones entre ellos, en la sensibilidad que los despierta ante determinadas necesidades, en la creatividad que descubren en sí mismos para dar respuestas eficaces, en la capacidad de superar las dificultades, en la solidaridad que los une y los hace corresponsables entre sí...

Nuestra espiritualidad no nos separa de la realidad que vivimos, de esta historia y de las personas con las que tratamos, para poder pensar en “el más allá”, en lo que está “al otro lado”. Nuestro punto de partida no es un esfuerzo para desconectar de lo que ven nuestros ojos, con el fin de establecer contacto con el que todo lo trasciende. Muy al contrario, la fuerza de nuestra espiritualidad reside en nuestra capacidad de abrir los ojos, o más bien, de aguzar nuestra mirada para reconocer en esta realidad, en esta historia y en estas personas con las que estamos aquí y ahora, al Dios que se ha hecho nuestro, al que convierte nuestra historia en su historia de salvación, al que se filtra en nuestras relaciones humanas para hacerlas objeto de su reino.

Con esta espiritualidad de Presencia podemos comprender en toda su densidad y realismo las palabras de Jesús: “Estuve hambriento, y vosotros me disteis de comer... Todo lo que hayáis hecho en favor del más humilde de mis hermanos, a mí me lo habéis hecho” (Mt 25, 35.40) “El que acepta en mi nombre a un niño como este, a mí me acepta” (Mt 18,5).

El Hno. Michel Sauvage⁷ utilizaba la expresión realismo místico, aplicada a la espiritualidad lasaliana. No tiene nada de paradójico. Simplemente describe la actitud del que tiene bien puestos los pies en la tierra, las manos en su quehacer educativo, los ojos atentos a los rostros de quienes reciben su enseñanza y, al mismo tiempo, la mirada que llega “más allá” de lo inmediato, capaz de reconocer en su labor humana y -supuestamente- profana la obra de Dios, y en los rostros de sus alumnos y sus hermanos el rostro mismo de Cristo.

La Salle entendió que alcanzar ese nivel o perspectiva mística era esencial para poder llenar de sentido la realidad monótona, rutinaria y tantas veces frustrante de la escuela. No nos extrañe, pues, su insistencia en invitarnos a aplicarnos a la presencia de Dios, “porque es el alma y el soporte de la vida interior; porque los ejercicios espirituales tienen muy poco vigor si no los anima la presencia de Dios”⁸. E igual-

7 Asistió como teólogo al Concilio Vaticano II; principal redactor de la Declaración *Gravissimum educationis momentum*.

8 Juan Bautista de La Salle, *Colección de varios trataditos*, 13,19,2-3. Trad. José María Valladolid, *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, San Pío X, Madrid 2001, 159.

mente la extensión que da en su Método de Oración a desarrollar el ejercicio de la presencia de Dios, del que dice “que no hay que detenerse en él por poco tiempo, pues es lo que más contribuye a infundir el espíritu de oración y la aplicación interior que se puede tener en ella”⁹.

3.2. Contraseña: ‘por un sentimiento de fe’

La entrada a este lugar de realismo místico no es completamente “sin condiciones”. Pide contraseña para poder pasar. Y es esta: por un sentimiento de fe. Claro que no es algo para memorizar, sino para sentir.

El sentimiento de fe es el lazo primordial por el que una persona puede sentir su pertenencia a esta historia: a partir de ese lazo comienza a vivir la espiritualidad lasaliana.

Es una expresión muy familiar a Juan Bautista de La Salle y muy rica en contenido. Es como el cordón que nos permite recorrer el telón que separa las dos realidades, la inmediata y la que nos trasciende. Ese lugar de encuentro no es algo superficial, sino que se sitúa muy dentro de la persona, en el corazón, en la entraña, allí donde realmente se siente y se decide la vida. Tiene mucho que ver con el “querer” de la voluntad y el “querer” del amor. La voluntad y el amor de la persona se dirigen hacia Dios y se apoyan totalmente en Él: la vida descansa en Dios, en Él encuentra su seguridad, eso es el “sentimiento de fe”.

Esa es la disposición interna con la que se nos invita a hacer el camino: supone, a la vez, un esfuerzo de la voluntad y un abandono confiado en las manos de Dios, pues estamos haciendo su obra. Pero, sobre todo, es vivir con el sentimiento de que, pase lo que pase, caminamos de la mano del Señor. Esta dimensión relacional es la que el Fundador intenta transmitir a los Hermanos cuando les dice en la Regla original cómo han de lograr el espíritu de este Instituto, el espíritu de fe: “Para adquirir este espíritu y vivir de él: ... los Hermanos de esta sociedad

9 Juan Bautista de La Salle, *Explicación del Método de oración mental*, 3,121. Trad. José María Valladolid, *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, San Pío X, Madrid 2001, 221.

animarán todas sus acciones con sentimientos de fe; y al hacerlas atenderán siempre a las órdenes y voluntad de Dios, a las que adorarán en todas las cosas, y por las cuales procurarán conducirse y regularse”¹⁰.

3.3. En la raíz de la vida: Acordémonos...

Acordémonos de que estamos en la santa Presencia de Dios: la frase tantas veces repetida en los ambientes lasalianos de todo el mundo y de todas las culturas, no es sólo una breve plegaria para comenzar un acto comunitario. Expresa nuestro empeño de afirmar este sentimiento de fe para reconocer al que lleva el protagonismo en nuestra historia, y que lo nuestro es... caminar en su presencia, como Abraham (Gn 17,1), como Juan Bautista de La Salle, tal como éste escribe de santa Teresa, reflejando su propia experiencia: “Así como todo lo encontraba en Dios, tenía la suerte de encontrar a Dios en todas partes: en cualquier situación o en cualquier lugar en que se hallase, Dios le servía de guía... Ello la inducía a ejecutar todas sus acciones con la mira puesta en Dios”¹¹.

No es una presencia estática, no es una imagen abstracta de Dios, ni una divinidad en la que uno se sumerge perdiendo su propio yo. Al contrario, es un Dios personal, activo, metido en la historia, un Dios que guía a la persona si esta lo acepta.

En nuestra espiritualidad lasaliana, recordar la presencia de Dios es afirmar la raíz de la vida, el sentido último de cuanto hacemos, y nuestro intento de remitir a ella cada una de nuestras acciones. Así nos invita Juan Bautista de La Salle: “¿Hacéis todo como quien está delante de Dios, es de Dios y como quien no tiene que agradar más que a Dios”¹².

10 Juan Bautista de La Salle, *Reglas Comunes*, 2,4. Trad. José María Valladolid, *Obras Completas, I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Ediciones San Pío X, 2001, 14.

11 Juan Bautista de La Salle, *Meditaciones para las fiestas* (Med 177,3) Trad. José María Valladolid, *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Ediciones San Pío X, Madrid 2001, 542.

12 Juan Bautista de La Salle, *Meditaciones para los domingos* (Med 45,3) Trad. José María Valladolid, *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Ediciones San Pío X, Madrid 2001, 354.

Vivir en la presencia de Dios es un dinamismo interno que da unidad a nuestra vida, pues la sitúa toda ella en ambiente sagrado. El ambiente no se hace sagrado porque se vaya sembrando de gestos de santiguarse, de estampas o cruces, sino por su dependencia del “querer” de Dios. Nuestra actividad se hace sagrada cuando va dirigida a realizar la obra de Dios, cuando es la proyección práctica de esa petición que hemos expresado en la oración: Venga a nosotros tu reino.

El recordar la presencia de Dios no tiene como objetivo “santificar” el trabajo poniéndole un “signo” externo de referencia a Dios. Más bien se trata de recordarse a sí mismo que lo que estoy haciendo es parte del plan de Dios, es su obra, y por tanto he de hacerlo a conciencia, porque “Dios no consiente que su obra se haga con negligencia”¹³.

Andar en la presencia de Dios es como el corazón del espíritu de fe y, por tanto, de la espiritualidad lasaliana. La Regla original invita a los Hermanos a prestarle atención “tanto como les sea posible” y “a renovarla de tiempo en tiempo”, puesto que “no han de pensar sino en Él y en lo que les ordena, es decir, en lo concerniente a su deber y empleo”¹⁴.

3.4. Retrato del protagonista

¿Cuál es la imagen de Dios que privilegia nuestra espiritualidad? ¿Qué retrato presenta el Protagonista de nuestra historia? He aquí algunos de sus rasgos más característicos:

- Es el Dios de la historia, el que “gobierna todas las cosas con sabiduría y suavidad, y no acostumbra a forzar la inclinación de los hombres”¹⁵;

13 Juan Bautista de La Salle, *Meditaciones para los días de retiro* (Med 201,1) Trad. José María Valladolid. *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Ediciones San Pío X, Madrid 2001, 595.

14 Juan Bautista de La Salle, *Reglas Comunes*, 2,7. Trad. José María Valladolid, *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Ediciones San Pío X, Madrid 2001, 14.

15 Juan Bautista de La Salle, *Memorial sobre los orígenes*. Trad. José María Valladolid, *Obras Completas I*. Hermanos de las Escuelas Cristianas, Ediciones San Pío X, Madrid 2001, 77.

- es el Dios que se encuentra en la vida más ordinaria, siempre que le busquemos con “los ojos de la fe”¹⁶;
- el que está en la comunidad reunida en su nombre, no sólo en la oración sino en los demás ejercicios¹⁷;
- el Dios que nos espera en el corazón del quehacer escolar, el que viene a nosotros en los pobres y en los niños, pues son sacramento suyo;
- y también el que hace de nosotros, educadores, sacramento suyo para los niños y los pobres.

Notemos que se trata de una imagen más bien “laical” que “sagrada”, pues no son los rasgos convencionales religiosos o de piedad devocional los que resaltan en ella, sino los de un Dios que se ha hecho carne, humano, se ha comprometido con la humanidad y trabaja codo a codo con nosotros haciéndonos sus instrumentos en su obra salvadora. Y esta obra se realiza en la tarea profana y secular de la escuela; allí ganamos a los niños para la vida, la que empieza aquí y continúa más allá de la muerte.

La revelación de esta imagen de Dios tiene una evolución personalizada en el desarrollo de la espiritualidad lasaliana:

- La atención a la “presencia de Dios” nos conduce al Dios de Jesús; el Dios que es amor y misericordia, y se compadece de los niños abandonados a su suerte, y a nosotros nos hace solidarios en esa compasión (cf. Meditación 37).
- La fe en el Señor que rige la historia nos conduce al Dios que se ha encarnado en nuestra historia, tan celoso por su alianza con la humanidad que envía a su Hijo para hacerla efectiva, y cuenta con nosotros para continuar esa cadena de alianza (cf. Meditación 201,2).
- La contemplación del Señor que se revela en el fondo de su misterio de salvación, nos lleva al encuentro de Jesús, que encarna el misterio

16 Juan Bautista de La Salle, *Reglas Comunes*, 2,2. Trad. José María Valladolid. *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Ediciones San Pío X, Madrid 2001, 14.

17 Juan Bautista de La Salle, *Explicación del Método de oración mental*, 2,24-36. Trad. José María Valladolid. *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Madrid 2001, 206-207.

salvador de Dios, se hace vida de nuestra vida y a través de nosotros se comunica a los jóvenes (cf. Meditación 195).

Esta imagen de Dios y su personalización en Jesús, explica el dinamismo personalizante de nuestro ministerio, que no se confunde con las tareas escolares, sino que consiste en representar a Jesús ante los niños y jóvenes.

4. La Palabra que vivifica el relato

No hay relato sin palabras. Pero no vale cualquier palabra para hacer un buen relato. Necesitamos palabras adecuadas que den sentido a lo que se quiere transmitir, palabras que den profundidad al relato, palabras que den esperanza y permitan vislumbrar el horizonte hacia el cual se orienta el relato.

Toda espiritualidad proporciona palabras que pretenden dar sentido, profundidad y esperanza a la vida. ¿Qué palabras nos da la espiritualidad lasaliana? Tenemos la gran suerte de que Juan Bautista de La Salle se inserta en una escuela de espiritualidad, como es la Sulpiciano -o del Gran Siglo Francés-, profundamente bíblica, y así es su vivencia espiritual. Por eso, más que “palabras”, La Salle nos dirige a la fuente de la que manan esas palabras que necesitamos para revelarnos a nosotros mismos. La fuente es... la Palabra con mayúscula y en singular: la Palabra de Dios. Ella es la que convierte nuestra vida en un relato de salvación, para nosotros mismos y para los destinatarios de nuestra misión.

La Palabra de Dios es nuestra primera fuente¹⁸: hay que beber de ella, alimentarse de ella. Hay que devorarla y rumiarla, llevarla en el corazón como el profeta.

El carisma lasaliano promueve en nuestra vida un movimiento en relación con la Palabra de Dios. Un movimiento que desarrolla este proceso:

- Desde que empezamos a familiarizarnos con la Palabra, avanzamos con nuevos pasos que se apoyan unos en otros:

18 Juan Bautista de La Salle, *Reglas Comunes*, 2,3. Trad. José María Valladolid. *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Ediciones San Pío X, Madrid 2001, 14.

- La llevo conmigo, la leo a diario, entro en ella para conocerla.
- Me dejo domesticar por ella, entro en su casa, me dejo conocer, la interiorizo, oro con ella.
- Me someto a su crítica, me dejo discernir por ella, me miro en ella.
- La escucho en mi vida con nuevas palabras, descubro los signos con los que Dios me habla en mi historia y convierte mi vida en historia de salvación.
- Hasta que nos hacemos rostro de la Palabra. La Palabra se hace vida nuestra, nos dejamos poseer por la Palabra.
 - Acepto ser instrumento de la Palabra.
 - Soy profeta por el que fluye la Palabra más allá de mi querer. Jesucristo... “Es Él quien quiere que vuestros discípulos os miren como a Él mismo, y que reciban vuestras instrucciones como si fuera Él mismo quien se las diera¹⁹.”

5. Una fraternidad ministerial

Dos conceptos esenciales al carisma lasaliano: hermano-hermana y ministerio laical de la educación cristiana. Al vivir conjuntamente estas dos dimensiones, el resultado es una comunidad fraterna y ministerial que desarrolla una espiritualidad característica, original.

La comunidad actúa como embajadora del amor de Dios en el mundo, mediadora de su salvación entre los que sufren, entre los marginados, entre los pequeños y los débiles. Ella encarna la presencia salvadora de Dios dentro de la realidad humana necesitada de salvación. Por eso es fácil identificarla como signo que conduce directamente al significado. No es simplemente un grupo de trabajadores altruistas ni un grupo de hombres buenos o de mujeres piadosas, sino un grupo de “hermanos/as” que se esfuerzan por vivir en comunión en torno a Quien les ha reunido y comunican esa experiencia como mensaje de Quien les envía. Al mismo tiempo, la comunidad representa a la Iglesia desde el interior del mundo y de

¹⁹ Juan Bautista de La Salle, *Meditaciones para los días de retiro* (Med 195,2) Trad. José María Valladolid. *Obras Completas I*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Madrid 2001, 583.

las realidades sociales; la comunidad es rostro de la Iglesia para los destinatarios de su ministerio laical.

Nos referimos a esta comunidad como una fraternidad ministerial, en el sentido de que el ministerio laical asumido por la comunidad de hermanos/as da a ésta su identidad peculiar en la Iglesia y la configura tanto interna como externamente; pero además, la comunidad pone el acento en la relación fraterna entre sus miembros y de éstos con los destinatarios de su misión: viven la fraternidad como un don que han recibido, que cultivan entre sí y que deben entregar a los destinatarios de su misión.

El sujeto del ministerio no es un individuo, sino la comunidad. Los miembros de una comunidad ministerial pueden realizar funciones muy diversas; incluso algunos miembros pueden estar imposibilitados para cualquier tarea externa, por enfermedad o por edad. El ministerio no está ligado a una función concreta. Es el conjunto de la comunidad quien lo realiza gracias a las diversas funciones de sus miembros, incluida la oración, el sufrimiento de los enfermos, la actitud solidaria de unos con otros... La comunidad entera se constituye en garantía de la misión que la Iglesia le ha confiado.

La fraternidad ministerial ha sido una aportación fundamental a la vida consagrada y a la Iglesia por parte del Instituto lasaliano y de otros semejantes. Ellos han vivido carismáticamente desde la vida consagrada lo que la reflexión eclesial que siguió al Vaticano II ha enunciado con claridad: el lazo indisoluble entre comunión y misión, el papel esencial del amor fraterno como eje central de la evangelización, la extensión y complejidad de la evangelización, que no se reduce al anuncio explícito de Jesucristo, la realidad de la acción del Espíritu y las semillas de la Palabra²⁰ más allá de las fronteras institucionales de la Iglesia.

La apuesta espiritual de estas comunidades ha sido una de las más atrevidas y, al mismo tiempo, de las más explícitamente cristianas, porque simplemente rescatan el mensaje central del cristianismo, el

20 Vaticano II, *Ad gentes*, 11.2 y 15.1.

núcleo de la encarnación, y lo constituyen en el motivo central de su propia existencia: “Esto os encargo: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado” (Jn 13,34), y “Lo que hicisteis a uno de estos mis pequeños hermanos, a Mí me lo hicisteis” (Mt 25,40). Y es este núcleo lo que da sentido a su propia vida consagrada, a su oración, a su relación comunitaria, a su misión. Estas comunidades se hacen memoria estimulante para la Iglesia y para todos los cristianos: les recuerdan lo esencial.

Es esta misma fraternidad ministerial la que hoy nos proponemos vivir en el nuevo ecosistema eclesial, donde compartimos el carisma lasaliano Hermanos, Hermanas, Laicos y Sacerdotes, con estructuras comunitarias muy diversas.